

# CESARE PAVESE

## VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos  
esa muerte que nos acompaña  
desde el alba a la noche, insomne,  
sorda, como un viejo remordimiento  
o un absurdo defecto. Tus ojos  
serán una palabra inútil,  
un grito callado, un silencio.  
Así los ves cada mañana  
cuando sola te inclinas  
ante el espejo. Oh, cara esperanza,  
aquel día sabremos, también,  
que eres la vida y eres la nada.

Para todos tiene la muerte una mirada.  
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.  
Será como dejar un vicio,  
como ver en el espejo  
asomar un rostro muerto,  
como escuchar un labio ya cerrado.  
Mudos, descenderemos al abismo.

## TRABAJAR CANSA

Atravesar una calle para escapar de casa  
lo hace sólo un muchacho, pero este hombre que anda  
todo el día las calles, ya no es un muchacho  
y no huye de casa.

Hay en el verano  
tardes en que las plazas se quedan vacías, tendidas  
bajo el sol que ya empieza a ponerse, y este hombre que llega  
por una avenida de inútiles plantas, se detiene.  
¿Vale la pena estar sólo para quedarse siempre sólo?  
Callejear únicamente, las plazas y las calles  
están vacías. Es preciso detener a una mujer  
y hablarle y decidirle a que viva con uno.  
Si no, uno habla sólo. Por eso algunas veces  
el borracho nocturno comienza a parlotear  
y explica los proyectos de toda su vida.

No es cierto que esperando en la plaza desierta  
te encuentres con alguno, pero el que anda las calles

a ratos se detiene. Pero si fueran dos,  
aun andando las calles, la casa ya estaría  
donde aquella mujer, y valdría la pena.  
Por la noche la plaza vuelve a quedar desierta  
y este hombre que la cruza no ve los edificios  
tras las luces inútiles, pues ya no alza los ojos:  
sólo ve el empedrado, que hicieron otros hombres  
de endurecidas manos, como los están las suyas.  
No es correcto quedarse en la plaza desierta.  
Seguro que está en la calle aquella mujer  
que, al pedírselo, quiera ayudar en la casa.

## **TOLERANCIA**

Llueve sin ruido sobre el prado del mar.  
Nadie transita por las sucias calles.  
Una mujer sola descendió del tren:  
bajo el abrigo se vio la blanca enagua  
y las piernas desaparecieron en el portal oscuro.

Se diría una aldea sumergida. La noche  
gotea fría sobre los umbrales, y las casas  
esparcen humo azul entre la sombra. Rojizas,  
las ventanas se encienden. También brilla una luz  
tras los entornados postigos de la casa oscura.

Al día siguiente hace frío, y está el sol sobre el mar.  
La mujer, en enaguas, se lava la boca  
en la fuente, y la espuma es rosada. Tiene el cabello  
áspero y rubio, semejante a las pieles de naranja  
esparcidas por el suelo. Protegida por la fuente, espía  
a un chiquillo moreno que la mira embobado.  
Negras mujeres abren de par en par postigos sobre la plaza  
-- los maridos dormitan, todavía, en la sombra.

Cuando vuelve la noche, sigue la lluvia  
crepitando en las brasas. Las esposas,  
aventando el carbón, dirigen sus miradas  
hacia la casa oscura y la fuente desierta. La casa  
tiene cerrados los postigos, pero dentro hay un lecho,  
y en el lecho una rubia que se gana la vida.  
Todos los de la aldea reposan, por la noche,  
todos, menos la rubia que se lava en el alba.

## **LOS GATOS LO SABRÁN**

La lluvia caerá aún  
sobre tus dulces suelos,

una lluvia ligera  
como un aliento o un paso.  
Aún la brisa y el alba  
florearán ligeras  
igual que con tu paso,  
y entonces volverás.  
Entre flores y alféizares  
los gatos lo sabrán.

Seguirán otros días,  
seguirán otras voces.  
Sonreirás a solas.  
Los gatos lo sabrán.  
Oirás viejas palabras,  
voces cansadas, vanas  
igual que trajes viejos  
de las fiestas de ayer.

Tú también harás gestos.  
Responderás palabras –  
Rostro de primavera,  
tú también harás gestos.  
Los gatos lo sabrán.  
rostro de primavera,  
y la lluvia ligera,  
y el alba de jacinto  
que el corazón laceran  
de aquel que no te espera,  
son la sonrisa triste  
que te ilumina a solas.  
Seguirán otros días,  
voces y despertares.  
Sufriremos al alba,  
rostro de primavera,

## **EL PARAISO SOBRE LOS TEJADOS**

Será un día tranquilo, con una luz fría  
como el sol que levanta o que muere, y el cristal  
cerrará el aire sucio del cielo exterior.

Nos despertarán un día, de una vez para siempre,  
en la tibieza del último sueño: la sombra  
será tal la tibieza. Llenará la habitación,  
por el gran ventanal, un cielo aún más grande.  
Desde la escalera que se subió un día para siempre  
no llegarán más voces ni más rostros muertos.

No será necesario abandonar el lecho.  
Sólo el alba entrará en la estancia vacía.

Bastará la ventana para vestirlo todo  
de una tranquila claridad, casi como una luz.  
Pondrá una sombra pálida sobre el rostro supino.  
Los recuerdos serán como grumos de sombra  
aplastados igual que vieja brasa  
en el camino. El recuerdo será como una llama  
que aun hasta ayer mordía los apagados ojos.

## DOS CIGARRILLOS

Cada noche es una liberación. Se ven los reflejos  
del asfalto sobre los paseos que se abren lúcidos al viento.  
Cada tipo que pasa tiene un rostro y una historia.  
Pero en esta hora no existe el cansancio: Los faroles, a miles,  
están a disposición del que se detiene a encender un fósforo.

La llamita se apaga sobre el rostro de la mujer  
que me ha pedido lumbre. Se apaga por el viento  
y la mujer, desilusionada, me pide otra vez fuego  
y se vuelva a apagar: la mujer ríe ahora, sumisa.  
Aquí podemos hablar en voz alta y gritar,  
porque nadie nos oye. Levantamos la vista  
a las muchas ventanas – ojos que duermen apagados –  
y esperamos. La mujer encoge los hombros  
y se lamenta por haber perdido el chal de colores  
que le servía de estufa en la noche. Pero basta apoyarse  
contra la esquina y el viento es sólo un soplo.  
Sobre el cansado asfalto ya hay una colilla.  
Este chal lo trajeron de Río, pero dice la mujer  
que se alegra de haberlo perdido, pues me ha encontrado a mí.  
Si el chal llegó de Río, atravesó la noche  
sobre el océano iluminado por la luz del gran transatlántico.  
Noches de viento claro. Era el regalo de un marinero.  
Ya no está el marinero. La mujer me susurra  
que si subo con ella, me enseñará el retrato,  
rizado y bronceado. Navegaba sobre sucios barcos  
y limpiaba las máquinas; pero yo soy más guapo.

Sobre el asfalto ya hay ahora dos colillas. Miramos hacia arriba:  
la ventana de allí, en lo alto – me dice la mujer – es la nuestra.  
Pero arriba no hay estufa. Por la noche, los barcos perdidos  
tienen muy pocas luces o sólo las estrellas.  
Cogidos del brazo cruzamos la calle, jugando a calentarnos.